



Revista de Literatura Hispanoamericana

No. 50, Enero-Junio, 2005: 73-82

ISSN 0252-9017 ~ Dep. legal pp 197102ZU50

La lectura: Un orden personal

Iliana Morales Gollarza

Universidad del Zulia.

Resumen

Este trabajo recoge unos breves comentarios sobre la lectura de poesía y de pintura. Se toma la concepción de la intuición y la percepción como vía de entrada para crear un diálogo entre receptor y obra de arte. Se eligen dos poetas; Lyda Franco Faría y Alfredo Añez Medina y dos pintores: Luis Cuevas y Angel Peña. Los artistas seleccionados son tomados como ejemplos para ir creando comentarios sobre sus obras. La búsqueda de este tipo de reflexión es crear la necesidad de inventar un orden personal para sensibilizar al lector ante cualquier obra de arte posible. El orden personal crea una poética de la lectura.

Palabras clave: Lectura de poesía, poética de lectura, receptor, orden personal.

Readin: a Personal Experience

Abstract

This paper unites certain brief commentaries about the reading or appreciation of poetry and art. The conception of intuition and perception are taken as a way of creating a dialogue between the receiver and a particular work of art. Two poets are chosen; Lyda Franco Faría and Alfredo Añez Medina, and two artists: Luis Cuevas and Angel Peña. The artists selected were chosen as examples in order to create commentaries on their art. The purpose of the search for this type of reflec-

Recibido: 20-04-05 • Aceptado: 05-05-05

tion is to create the need to invent a personal manner of sensibilization in the reader or observer of possible works of art. The personal manner creates a poetic order for the reader.

Key words: Reading of poetry, the poetry of the reader, receiver, personal level.

La lectura: un orden personal

Apenas un silencio y todo queda. Desde el silencio el hombre busca su voz y sólo a través del otro la logra rozar. La voz encontrable la logra la lectura. Entendida lectura como desciframiento de todos los posibles lenguajes que el mismo hombre va inventando en la medida que va creándose enigmas.

Desde mi experiencia, tengo la inclinación por elegir la lectura de poesía pero también pintura. Por ello el motivo de mi conversación escrita es sobre poetas como Lyda Franco Faría, Alfredo Añez y pintores como Angel Peña y Luis Cuevas

Leo un poema de Lyda que dice:

Llueve sobre la vegetación salvaje
Quedamos sin provisiones
Anclados en la neblina
Verifico el desplazamiento
Estoy parada en la movilidad
En el barro difícil
En la punta mortal
De mil cuerpos idénticos
Callo pero soy mis pies
Pertenece al subsuelo
Van atados a mi prisa

Sigo estirada hago como la flor
-superficial e inútil-
Vengo al mundo espinada
Me declaro supersticiosa y repito
buenos días gentes
además miento una historia....

Cada verso transforma en imágenes posibles toda una historia y además musicaliza un vocabulario, tantas veces frío, inmóvil y solo listo para pedir café, o sencillamente “no quiero Hablar”.

Comentar este poema es ya mi lectura, atravesarlo de todos los palpitos que en mi produce la imagen débil pero decisiva de la flor, hace que yo escriba unos acercamientos sobre la poesía de Lyda Franco. Bueno, esto es creo yo, lo que debemos fomentar en las escuelas, plazas, auditorios, en la mesa de cada familia para poder lograr una verdadera educación integrada de la emoción, el amor, el corazón y no sólo el intelecto.

Mirar es leer porque leer es descifrarse. Es así de complejo todo acto de leer y de escribir y de oír y de hablar.

Buscar lo que trae la otra persona es MIRARSE en lo que se considera común. Común para todos es estar

en estado de armonía o consolación múltiple, pero libre de ataduras o simples superficies de ligerezas. El espacio de la lectura sale de uno mismo. Nada más que eso, creo que es leer un libro, un cuadro, una casa, un edificio, una canción etc.

Disponerse para serenarse es lo armonioso con el espíritu ¿Qué vendrá? Sólo el pasar inmediato lo va descifrando. Sólo la atenta memoria va aceptando. Lo deseado se va, lo inesperado se queda. Desgastar lo apretado deja la parte sugerente oprimida y dolida y la metáfora aparece. Lo INESPERADO llena un espacio de santidad, de vuelta a ese origen iluminado que lleva de una verdad a otra. Acercarse a lo no hablado, solo para inventar una poética de la lectura.

Más que una tarea leer un poema o un cuadro es una dificultad que vencemos con nuestras propias imágenes desde las venas de nuestra invención en contacto con la invención del poeta o pintor.

La invención del artista que es ficción, busca a un receptor y su gran debilidad es convencer.

Una poética de la lectura lleva a la imagen del acto clásico de lectura que contempla:

un espacio de domesticidad
un tiempo
una concentración

Así cada paso de esta poética existe en cada proceso personal, así sea visto desde otro orden particular.

Y Lyda, leída en salas familiares, en aulas siempre llega al oído desde una asombrosa cotidianidad. Transforma el verso oído en pancarta de carretera, alcanzable a todos. Sus profundas y hondas reflexiones llevan a querer tener alcance a ese verbo ser, insistente en cada acto diario y común.

El verso de Lyda Franco le dio nueva presencia a la palabra en la literatura venezolana. Su escritura es una voz que denuncia con fuerza e irreverencia la injusticia social sin caer en la pobreza del panfleto político. El sueño crece más que de un tamaño, de una profundidad inaprensible. El cuerpo del sueño en la poesía de Lyda queda instaurado, lo lleva de su mano y dice:

“cerrar los párpados
sentir adentro
girar de heliotropos
luna impalpable
bárbaro sueño
terciopelo de tentación
lo espeso se incorpora
marca el compás”
(Franco, 1994:277)

Las áreas de lo desconocido invaden cada atmósfera poética y desde ellas se expande una obra de creación. Y a Lyda la abruma la palabra

hueca, insabora e inolora, vive la palabra en su sitio, como encanto de un cuadro, o una bella música.

Leer es atravesar el rumbo del significado, y ocultarlo en lo más profundo de nuestro yo interior. Ese nuevo significado se instaura y ante él no podemos cerrar las puertas de nuestra existencia, ni poner resistencias para su recibimiento. Leer ante todo es un acto de recibimiento del lenguaje, ya sea verbal o no verbal, abierto ante cualquier marca senso-perceptiva. Un poema, una imagen en un cuadro descubre en cada lector sus posibilidades de entregarse desde el hondo universo de sus valores éticos, estéticos y de competencia lingüística.

Un verso de Lyda nos acerca a una voz (y este es el pretexto y nada más) y dice:

Me está pareciendo que oigo
pasos por dentro
un moverse que abandona el espacio
bailo a ese son
bajo los árboles
en la oscuridad donde la música es
resbaloso esplendor

Móvil
frenético ardid
en el fogueo de la danza (Franco,
1994: 253)

La otra palabra de la pintura

Paso mi mirada y me aposento en un cuadro de Luis Cuevas y deseo alcanzar una forma comunicativa de

vivir y de crear. Leo las referencias de un cuadro de Cuevas titulado Plumario. El cuadro avanza en un colorido penetrable y entre tantos detalles, me detengo ante una jaula y una patilla. Dos elementos tan cotidianos, tan cercanos pero ficcionados ante una tela y unos colores, nos enfrenta a otras percepciones y ahora el objeto me lleva al encuentro de pensamientos con emociones, de imágenes demarcadas, de encantos detenidos. Estos mismos objetos en mi vida cotidiana los tengo a mi alcance y los agarro bajo la necesidad del momento y nada más.

La jaula ahora es una metáfora y se detiene ante mí, y yo ante ella, hablo de ella, la busco en mis encuentros de significaciones.

Detrás de la jaula, allá más arriba, me dice el pintor, “ hay un personaje volátil, ingrátido, que está allí en camuflaje. Allí hay un baile. Él está entre la flora y la fauna, que es su cuerpo mismo. Observa bien, entonces hay pájaros que circundan, que regocijan, que se regocijan en sí mismos, hay hojas que caen, mira eso, que tú estas viendo allí, ese es un pájaro, ese es un pájaro, que trata de alcanzar esa hoja, que cae en signo amistoso en confraternidad. Y esto que aquí esta, esos el vestuario, los adornos de ese personaje, que también son plumas. Eso, son hojas con luces, son chispeantes, son personajes lumínicos (Cuevas, 2005).

Bajo el signo de la propia voz del pintor, leímos elementos del cuadro Plumario, y siempre hay un viaje entre significaciones que vamos ordenando desde nuestro mundo interior.

De una lectura de un poema de Lyda Franco paso a la lectura de un cuadro de Cuevas, y sigo en consonancia con mis metáforas abiertas y elegidas desde la propuesta que me hace la poeta o el pintor.

Dejo la voz del pintor, hablando de su cuadro Plumario, que va diciéndome en su conversación:

“es un personaje que todas sus partes corporales se confunden en una sola, pero su baile es su regocijo, es su disfrute, si tu lo ves en una plataforma en donde los otros personajes están como a la expectativa están como riéndose, una especie de ritual, fíjate que tiene unas frutas y es un paisaje muy amplio, el baile de los pájaros que circundan, que bailan, que se desprenden las hojas mismas...” (Cuevas, 2005).

La imagen en el color del cuadro, en su encanto, en su movimiento propio, o a los ojos de la interpretación que hace el pintor, es la imagen puesta en ficción, a la vista, sujeta a una mirada y su asombro, su agrado o desagrado, allí esta dispuesta a un lector.

Cuevas “capta la magia o el sentido mágico de la vida, atmósferas alucinadas, ritual étnico, frutales y

ríos, gravitación de una muy particular flora y fauna, formas entrelazadas en mágicos rituales” (Perozo, 2004).

La pintura de Cuevas acerca el juego de las luces lejanas, de las lluvias cercanas y descubre una imagen causante de cercanías y memorias de una energía diaria, incontable en una vida citadina y rural a la vez. Su imagen deja sueltas múltiples figuras que se enredan en cualquier memoria y van enmudeciendo hasta callarse. Todas las asociaciones metafóricas quedan fragmentadas, siempre queda la disposición a una continuidad.

Cuevas muestra un acentuado mundo cotidiano que encarna esa búsqueda permanente dentro de la pintura zuliana de mostrar lo común (una calle, una casa, una mujer) como elemento de trascendencia.



PLUMARIOS (DETALLE)
 Colección: PRIVADA
 MIDE: 200 X 150 (HORIZONTAL)
 TÉCNICA: ACRÍLICO SOBRE TELA
 AÑO: 2004

Formar lectores

Formar lectores es una búsqueda permanente. No es dar una fórmula o una receta lectora, es crear una inquietud, una necesidad de un encuentro con un poema o un cuadro. El encuentro es el inicio del diálogo entre la obra de arte y el receptor.

Sin límites el campo imaginario se va haciendo desde el proceso de la lectura. La energía del lector hay que crearla, impulsarla y dejar que crezca más allá de cualquier frontera. Pagar un tributo a un poema es poder aprenderse de memoria y al cuadro poder distinguirlo para siempre de otro así sea similar. Escolásticamente hablando el trabajo de crear un espacio para memorizar el arte debe ser recuperado por una poética de la lectura. Un espacio para reservarle vitalidad a la expresión artística, donde ella misma, en su figura y rango, desnuda de interpretaciones, de similares, de parecidos, exista bajo el signo mágico en nuestra vida común y diaria.

Toda enseñanza debe cubrir una fase guiada por una acción de lectura. Crear una "escuela de lectura" sería la vía. Una escuela de lectura cultivaría una poética de lectura, donde la imaginación como matriz comprensiva pudiera construir un modo conciente de entender cualquier obra leída, escuchada, vista. La imaginación tendría un lugar per-

manente en nuestra vida y recuperaría su valor cognitivo, moral y político. Esta imaginación, no contable, ni tocable sería una imaginación productiva con rango sensibilizador y estético. Dicha imaginación guiada por las pasiones desbordaría una actividad generadora de una imagen con esencia artística.

Ninguna imaginación es contable, ni descriptible, pero si perceptible y por tanto conformadora de un campo creador desde la propia experiencia del individuo que la cultiva.

Más que una propuesta de lectura deseo hacer una lectura en voz alta. Y así viajar por el encantamiento. Sin ausentarme de los versos de Lyda Franco, tomo los versos de Alfredo Añez Medina. Bajo el canto de **La transfiguración de la noche** (nombre que lleva el libro), leo unos versos que dicen:

La noche
Puebla mi corazón
Ah, pero tan lejos de itinerarios y sonidos
sus torres y sus duelos
La noche
En sus campanarios de transfiguración
Muertos abandonados
Antepasados en fuga (Añez, 1973: sin número pp)

Una voz sobria le canta a la noche desde múltiples referencia, todo un largo recorrido de poemas sueltos que se nombran así: La noche con un

huésped detenido, La Noche fluye en su demencia y escarabajos, El réquiem agonía y catástrofes, La muerte y sus leves alaridos y así va saliendo cada título. Sólo nombro algunos. Cada verso de Añez Medina latiga el verbo propio, elegido con plena conciencia de sus doloridas tristezas, acaba sus pergaminos y nos deja hablando bajo la ausencia, la angustia, sin más límites que sus evocaciones. No cabe otra posibilidad solo seguir sus huellas y vamos oyendo:

La noche
 Nos ilumina algo mas amado que la infancia
 Agua
 Algo sin nombre puro
 Como un hombre
 Algo
 Como vibrante candela lejana
 Noche
 Que transfigura su imagen
 Y vuelve
 La noche
 Sólo La Noche... (Añez, 1973).

Fragmentar un libro como Transfiguración de la Noche es quebrarlo solo para oír a pedazos parte de todo un cuerpo verbal que está allí móvil, andante y caminando por el mundo de la simbología poética, muchas veces desconocida y abandonado por la ausencia de lectores.

La Transfiguración de la Noche es un poemario que consta de 18 cartulinas insertas en un sobre, acompañadas de un dibujo de Angel Peña.

El gesto del color

Angel Peña es un pintor que ha dejado marcado el rostro, el cuerpo y la silueta de una mujer que casi siempre camina por sus telas. Un cabello largo, mirada fija, traje azul y unas flores en las manos. Esta es una descripción de un aparte de cualquier acontecimiento narrativo expuesto en la pintura de Angel Peña. Historia, gráfica, visual, eidética que arranca emociones, sensaciones y, ante todo el deseo del ojo que pasa nada más. Un pintor de esta orilla, de una ciudad llamada Maracaibo, ofreciéndose y contando historias, que pueden ser siempre las mismas, pero siempre en vuelo imaginativo abierto, sin límites.

Una verdad de una realidad que pasa a ser irreal. Ayudo mi reflexión con las notas siguientes: “En ese asunto de la realidad lo que pasaba con estos artistas zulianos (Peña y sus compañeros) es que se le acercaban tanto y se vinculaban tanto con ella que la interiorizaban, la internalizaban, la subjetivaban y terminaban volviéndola irreal. Además, ellos seguían esa tendencia cultural

tradicional que integra en lo real al mundo de lo mágico, de lo sobrenatural, de lo mítico, lo animista, lo fabuladorio, lo imaginario, lo subconsciente y las ensoñaciones” (Erminy, 2002:15).

La pintura de Peña va dejando figuras que sabes muy cerca de todo aquel que camina por las calles de Maracaibo. Figuras repasables, reconocidas y aún así impresionables. Una instancia marcada por la línea que, a la luz de un negro, un azul, un rosado despliega un campo de flores, una simple seña de una vida tráfuga, trasladable y metaforizada.

Dedicación, devoción, exigencia con el trabajo, son tres condiciones que señala Hugo Figueroa en el catálogo *El encanto de los Pájaros*. “Recibir lo cotidiano como la mejor parte de la vida” (Figueroa, 2003) define lo estético en la obra de Peña. Desde ese universo cercano: una fruta, una flor, un cabello, una hoja, desde allí se hace su poética.

Para recreación de los lectores escojo dos cuadros de Angel Peña: **Encantadora de Pájaros con Luna llena** y **Muñequitos de torta con Flores y Paisaje**. El Cuadro **Encantadora de Pájaros con Luna llena** dice por sí mismo toda una historia a la vista. Una mujer que abarca el centro de la tela, su cuerpo tímidamente desnudo de un lado, del otro se va cubriendo con flores, en sus

alrededores macetas de flores más grandes que adornan casi parte de sus caderas. Una luna, unas figura diminuta que se acerca, y ante todo un encanto de colores sin saber cual brilla más. El rostro de la mujer funge una mirada lejana, clavada en un horizonte imaginario. Tenués caen unas hojas, su caída quiebra la rigidez y marca una sensación de destellos inquietos.

Cada mirada de mi recepción lleva a un nuevo brote de imágenes posibles. Queda un rojo, ocre y verde sellando mi descripción apurada y dispuesta para la escritura. El ojo no se detiene, sólo bajo la decisión de una palabra se elige una idea. La mujer ahora tiene una anécdota para mí. Hay una verdad que tiene siempre un privilegio, esa verdad es el orden que le he dado desde mi percepción del color y la forma que descubro.

El otro cuadro **Muñequitos de torta con flores y paisaje** es en primer plano un jarrón de flores sobre una mesa, con una gaveta abierta, de donde sale una diminuta foto. Atrás una luna, un parque. Pero puede ser visto de otra manera y decir, arriba y no atrás. Los elementos se conjugan en tamaños, colores, distancias. Cada uno juega un papel armónico. Hablar del cuadro es verlo. Cada posibilidad de una mirada puede crear una imagen. Puede surgir desde ella una idea

para ser escrita y abrir una posible significación, producto del encuentro entre el receptor y el cuadro.

El destino de una descripción es crear un diálogo. Desde él palabras van y palabras vienen. El conjunto de los elementos del cuadro puede moverse y crear una enriquecedora historia. Apenas hay que detenerse sencillamente para inventar un estado de observación y desde él recocer el esfuerzo innovador que introduce el pintor sobre la tela, marcando el dibujo y dejando sus huellas.

Volviendo a los versos del Alfredo Añez, veo un rostro, un pájaro un hombre con un animal entre sus brazos, ese encuentro de imágenes abre la portada y el dibujo desplegable del libro **La transfiguración de la noche**. Y acerco mi oído a la voz del poeta que dice:

Cuando surja la aurora de tus ojos
se llenará mi corazón
ENTONCES
un Dios obscuro
destruirá su imagen
y acudirás a las ciudades luminosamente recordadas
(Añez, 1973).

En el libro, el verso convive con trozos de imágenes que dibujó Peña. Siempre amigables el verso y el dibujo transitando la página, simples y cercanos sólo para recrear a un lector.

Este libro, del cual hablo en fragmentos, es un hilo de versos de tristes sombras. La melodía rítmica del poema, agota toda alegría, la entierra, deja sola y en escena propia la tristeza. Hurga unas culpas que reclaman. Una tenue lluvia que sólo queda en la luz de unos ojos. Todo desgarrando una noche que tiembla.

Algo así es el inicio de mi lectura. De allí puedo seguir otros versos y otras evocaciones que traen esos versos a mi vocabulario. El proceso lector se va tejiendo y nunca cierra. Sólo la lectura va llevándome. Ya en estos éxtasis de la palabra mía con la palabra del poeta o de su imagen con la mía no se necesita ni el concepto, ni la voz mediadora, solo queda el deseo de cercanía entre un verso y un lector. El poema así mismo habita con el dibujo, transitan una misma atmósfera y la obra del poeta Alfredo Añez y del pintor Angel Peña se asocian para quedarse ante los ojos del lector. La solemnidad de la noche como imagen da la plenitud de los efectos. La línea negra que traza el pintor y la palabra asisten a la solemnidad y la celebridad de un canto común.

La lectura es un acto de vitalidad. Su ausencia desimboliza la vida del hombre.

Bibliografía

- AÑEZ MEDINA, Alfredo. *La transfiguración de la noche*. Editorial Genital, 18 cartulinas, Maracaibo, 1973.
- FRANCO FARÍA, Lyda. *Antología Poética*. Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda, 342p, 2002.
- ERMINY, Peran. *Memoria de Angel*. Exposición antológica de Angel Peña, 2002.
- STEINER, George. "Libros en una Era de Post-alfabetismo" *Revista Universidad de Antioquia*, Enero- Marzo 1999, p.7-15.
- PEROZO CAMACHO, Jaiza. *Luis Cuevas Un Mundo Mágico*. Trabajo inédito presentado en el Seminario de doctorado en Ciencias Humanas titulado Mitos, Ritos y Símbolos festivos en las sociedades Humanas. Julio 2004.
- ZANETTI, Susana. *Leer en América Latina*. Ediciones El otro el mismo, Mérida 2004, 312p.